



EA

ESCUELA DE ARQUITECTURA

SCHOOL OF ARCHITECTURE

Cultura, teoría y crítica en arquitectura

Paula Orta Camus

Escuela de Arquitectura USS sede Santiago

Posiblemente muy pocos arquitectos se atreverían a afirmar que en la enseñanza de la arquitectura no son necesarias la historia y la teoría. De hecho, sería casi imposible encontrar alguna escuela de arquitectura en el mundo que no cuente con una línea curricular histórico-teórica. Pero aun cuando nos enfrentamos a un tema que difícilmente parece discutible, lo cierto es que en las últimas décadas la arquitectura ha enfrentado un importante cambio respecto al rol que la *historia/teoría*⁽¹⁾ tienen en la disciplina, el que estaría dado, tal y como lo sugiere la destacada arquitecta e historiadora Joan Ockman, porque

«la cultura actual de investigación y curatoría está mejor adaptada que la de teoría y crítica a una

forma de educación superior que está en proceso de ser profundamente reconfigurada por las fuerzas del mercado, los valores del consumo, la globalización y los medios digitales. Las universidades están siendo reestructuradas para funcionar con el lucrativo modelo de las grandes corporaciones y, bajo el régimen del capitalismo cognitivo, la producción de investigación es integral para mantener su esencia y sus marcas» (Ockman, 2017).

Para Ockman, la historia y la teoría en arquitectura están más cerca de una experiencia política y estética que del eureka del descubrimiento científico; esto es justamente lo que las convierte en posibles transformadoras de conciencia y, por ende, en entes conformadores de un estado cultural en el individuo.

(1) *History/theory* es el "doble concepto" acuñado por J. Ockman para identificar la idea general actual de que la teoría ha llegado a ser tan relevante como la historia para la disciplina (Ockman, 2017).

Respecto del desplazamiento desde la visión clásica de transmisión del conocimiento a través de un aula de clases y textos seminales hacia la postura más didáctica del “diseño como investigación” (Arbona, 2012), podemos suponer que este tuvo un puntapié inicial en la discusión post-crítica de fines de los noventa y principios de la década pasada, que propuso un giro hacia una arquitectura totalmente desligada de la necesidad de dar respuesta a una demandante teoría que, de acuerdo a Robert Somol y Sarah Whiting (2002), habría agotado y absorbido completamente la disciplina, haciendo necesaria una alternativa que los autores definieron como *arquitectura proyectiva* —opuesta totalmente al proyecto crítico característico de los sesenta y setenta—.

En esta escisión entre proyecto y teoría no sólo se planteó una arquitectura libre de las ataduras del pensamiento crítico, sino también una capaz de ser pensada sin la necesidad de referencias externas o previas. El modelo post-crítico, reflejado en corrientes como el parametricismo o la sustentabilidad, planteó liberar a la práctica de la necesidad de una teoría que la pusiera a prueba y, en ese sentido, se presentó como una versión nueva, simple y “fresca”, alejada de los cánones tradicionales ligados a la teoría crítica de los sesenta o al deconstructivismo y al estructuralismo posteriores a los setenta.

Esta visión promovió, en distintas escuelas de arquitectura, una disciplina centrada fundamentalmente en el proyecto y fue, en parte, responsable de la actual discusión que intenta dirimir si la enseñanza de la arquitectura podría suprimir todo aquello que no tribute directamente al proyecto. Ligada directamente a esta visión está también la enseñanza basada en la búsqueda de respuestas a problemas puntuales por sobre aquella que intenta generar un espacio para la reflexión crítica respecto del proyecto, su contexto y sus efectos.

Pero cuando hablamos de contexto no nos referimos a este en un sentido de localización, sino en su variante amplia, que incluye un contexto cultural, geopolítico, disciplinar, etc. En esta amplitud del significado de la palabra contexto el concepto de “cultura” —o, de

manera sintética, la forma en que interpretamos y transformamos nuestro entorno— cobra especial sentido.

Cultura, o más bien la conformación de lo que Pierre Bourdieu (1986) llamó *capital cultural*, es un bien fundamental para la práctica arquitectónica. La influencia que las cosas vistas y aprendidas tienen sobre la interpretación que un individuo hace del mundo se refleja, de manera directa, en su labor profesional: sólo con los fundamentos conceptuales e históricos apropiados una persona es capaz de entender —y consumir— arte (Bourdieu, 1986).

Por ende, podemos afirmar que la elaboración de un capital cultural propio como parte del proceso formativo de un arquitecto es parte fundamental de la enseñanza. Y dentro de este capital cultural no sólo cabe la conformación de un repertorio de referencias y obras esenciales, sino también la de un pensamiento crítico alimentado a través de la discusión y lectura de textos y documentos. Más aún, dado que la tecnología no nos permite acceder de formas nuevas a los conocimientos existentes —bien sabemos que el conocimiento no se adquiere por osmosis ni Bluetooth—, pareciera ser que la mejor alternativa disponible aún la constituyen los textos y las clases en formato lectivo o de seminario.

En este sentido, el ciclo de seis semestres compuesto por las asignaturas de Cultura Arquitectónica en la Escuela de Arquitectura de la Universidad San Sebastián es una invitación a conformar un capital cultural personal, que pretende alimentar la discusión y generar posturas críticas tomando al proyecto de arquitectura como punto de partida de la conversación. Este ciclo mínimo, paralelo a la línea de historia de la arquitectura y la ciudad, pone en relevancia la comprensión de la disciplina más allá de la mera forma construida, permitiendo una apertura al complejo universo de interrelaciones contextuales, históricas, político-económicas, etc., que es inherente a la arquitectura.

La obra o proyecto *sine qua non* es la llave que, a modo de excusa inicial, abre el debate sobre temas que abarcan un espectro más amplio. Desde la técnica como impulsora de un proceso histórico hasta la revisión

política de un estilo arquitectónico, la invitación que se hace es a ver la arquitectura como una disciplina que involucra cuestiones de implicancias mayores y más profundas que la belleza o la novedad de una forma.

Para Ockman es evidente que el cambio en los métodos de enseñanza de la historia y la teoría supone una desvalorización de la práctica intelectual. Esto, sumado a la importancia estructural que Bourdieu asigna a la cultura como capital personal, nos permite entender que practicar una crítica reflexiva al interior de las escuelas de arquitectura es, finalmente, desarrollar la capacidad de entender el mundo que nos rodea, cuestión que yace en la esencia de una universidad y su rol transformador en la sociedad. 

REFERENCIAS

ARBONA, J. (2012). The Rise of the Darist. *Plat*, (2.5), 34-41.

BOURDIEU, P. (1986). The Forms of Capital. In J. G. Richardson, *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education*. Westport, CT: Greenwood.

SOMOL, R., & WHITING, S. (2002). Notes Around the Doppler Effect and Other Moods of Modernism. *Perspecta*, (33), 72-77.